

Ensayos

Filosofía, ciencia y técnica: Una mirada desde Latinoamérica

(ensayo filosófico)

Resumen	Abstract	Abstrait
<p>En este trabajo quisiera invitarlos a que hagamos una reflexión sobre dos temas que en sí mismos son complicados y difíciles: el de la filosofía y el de la técnica. De la Grecia clásica a la época contemporánea la filosofía ha jugado un papel relevante en la historia social, político, económica y cultural de occidente. Representa la forma racionalmente conciente de la historia. La filosofía se ocupa del hombre y de su relación con el mundo: social y natural. No obstante que la técnica tiene hoy su lugar en la filosofía, no siempre fue así. En el pasado advertimos que la técnica no fue preocupación central de su reflexión. Ello no significa que los hombres no hayan tenido conciencia de su importancia, de su poder y alcance. Así lo podemos constatar en la historia al ver cómo la técnica a través del tiempo ha ido logrando el dominio sobre la naturaleza hasta adquirir valor y sentido en la existencia humana, en la producción de objetos útiles y funcionales, resultado de la práctica y de la dominación de la naturaleza.</p>	<p>This essay encourages reflection on two topics that are both intrinsically complex and formidable : philosophy and technology. From Ancient Greece to contemporary times, philosophy has played a relevant role in the social, political, economic and cultural history of the West. It embodies a rational understanding of History. Philosophy is concerned with man and his relationship to society and the natural world. Notwithstanding technology's current status in philosophical enquiry, this has not always been the case. In the past, we observe that technology was not a central concern of philosophical reflection. This does not mean that, formerly, man at no time had any awareness of its importance or of its scope and potential. This can be demonstrated by observing throughout history how technology, as a consequence of human ingenuity and dominion, has gradually achieved ascendancy over nature and acquired value and meaning in human existence, through the development of utilitarian and functional ends. In the first instance it can be said that science and technology are inextricably linked. Within the realm of reason, it cannot be said that technology is an evil, fortuitous by-product which disrupts our idyllic co-existence with nature. Neither can it be said to be a panacea for all our human failings and material deficiencies.</p>	<p>Par ce travail je voudrais nous inviter à faire une réflexion sur deux thèmes qui en eux-mêmes sont compliqués et difficiles : ceux de la philosophie et de la technique. De la Grèce classique à l'époque contemporaine, la philosophie a joué un rôle éminent dans l'histoire sociale, politique, économique, et culturelle d'occident. Elle représente la forme rationnelle consciente de l'histoire. La philosophie s'occupe de l'homme et de sa relation au monde : sociale et naturelle. Cependant qu'aujourd'hui la technique a gagné sa place au sein de la philosophie, ce qui ne fut pas toujours le cas. Dans le passé, on constate que la technique n'a pas été une préoccupation centrale de sa réflexion. Cela ne signifie pas que les hommes n'aient pas eu conscience de son importance, de son pouvoir et de sa portée. D'ailleurs nous pouvons le constater en histoire en voyant comment la technique, à travers les époques, a établi sa domination sur la nature au point d'acquérir valeur et sens dans l'existence humaine, dans la production d'objets utiles et fonctionnels, résultat de la pratique et de la domination sur la nature. Dans un premier temps, nous pouvons dire que la science et la technique dans l'actualité se présentent de manière rigoureusement et profondément reliées, au sein d'une dimension pleinement rationnelle, on peut dire que la technique n'est pas un produit démoniaque sinon une sorte de mal irréparable qui a interrompu notre idylle avec la nature; mais ce n'est pas non plus la panacée pour tous nos maux humains et matériels.</p>

* Mario Magallón Anaya

La técnica ha configurado la existencia humana, a tal grado que nada parece ser producto del nacimiento natural, sino más bien de la invención y la producción. Parece que todo obedece a un mecanismo que no obstante los grandes beneficios y ventajas que ha reportado a los hombres brindándoles comodidad para permitirles hacer algo que no hubieran podido hacer sin

* (CCYDEL/UNAM).

ella, existe el peligro de desbordarse y someterlos, e incluso poner en peligro su existencia.

El orto que dará origen a la ciencia y a la técnica modernas tiene sus elementos precedentes antes que la propuesta de Descartes de su Discurso del método. Ya entonces se plantea que el conocimiento de la realidad se inicia con la representación mental previamente querida y proyectada respecto de lo que las cosas son. Es un conocimiento que una vez confirmado por la investigación y la experimentación nos haría, según se pensó, intelectual y operativamente dueños de la cosa conocida. Descartes al final del Discurso señala el ingente voluntarismo de la razón, nervio antropológico de su pensamiento. Son los teólogos franciscanos Duns Escoto y Guillermo de Occam los que plantean la empresa y utopía de un conocimiento y de un gobierno de la realidad cósmica, fundado a través de representaciones mentales previamente creadas, inventadas por la razón humana. Consideran desde la razón formal que el hombre es imagen y semejanza de Dios y está seguida, previamente, antes que de la inteligencia, como lo señalará la teología dominica del siglo XIII, por la libertad, fundando así el nominalismo y el voluntarismo. El franciscano Roger Bacon señala en su *Republica Fidelium* la utopía de un mundo en que un sinnúmero de invenciones técnicas fundadas en el saber matemático deben ayudar al hombre a mejorar sus condiciones materiales de existencia. Esto nos descubre que en la plenitud de la Edad Media nace la utopía del pensamiento moderno, lo cual señala que Descartes y Galileo son las figuras que habrán de recibir las palmas de este decisivo giro de la historia del hombre (Cfr. Jaime Labastida, 1975).

La posición hostil y negativa hacia la técnica y a todo aquello que fuera trabajo manual, en la antigua Grecia, con el viraje radical en el Renacimiento se la reivindica al lado de la contemplación, donde la técnica va a darle confianza al hombre y hacerlo sentir señor del mundo. Empero, cabe advertir que este amo del mundo no es cualquier hombre, sino el burgués interesado en explotar y transformar la naturaleza, requisito imprescindible para el desarrollo de las fuerzas productivas y en consecuencia, el de la técnica y las ciencias encaminadas a satisfacer sus intereses sociales y económicos.

Ya en el siglo XVIII, con la Revolución Industrial, el valor de la técnica se eleva inusitadamente abriéndole

al hombre "el camino a la felicidad". Los filósofos de la Ilustración van a exponer las virtudes no sólo intelectuales de la técnica al estimular el conocimiento, sino además sus valores morales y sociales al contribuir al logro de las libertades y la socialización de los hombres. Cabe advertir, sin embargo, que las ciencias y la técnica no siempre se apoyaron mutuamente en aquella época, ni tampoco crecieron igual y paralelamente, sino muchas veces se ignoraron, donde en ocasiones una se adelantaba y tomaba distancia mientras la otra se rezagaba. Se puede decir que «la ciencia moderna no devino esencialmente para el desarrollo industrial hasta las décadas centrales del siglo XIX» (Eric Hobsbawm 1984, p. 76). Sólo, ya en la producción masiva y en el pleno despegue del capitalismo, en el siglo XIX, podemos observar su gran influencia y relación con la técnica. (Cfr. Eric Hobsbawm, 1981, pp. 15-72).

Una nueva actitud surgirá en el siglo XX. El desarrollo de las ciencias y de la técnica alcanza un despliegue que supera notablemente a la suma de toda la producción tecnológica de los cuatro siglos precedentes. Esto es muy fácil observarlo en la vida diaria y compararla con las de los tiempos precedentes inmediatos de un siglo a otro. Podemos afirmar que casi no existe nada en la satisfacción de las necesidades humanas donde no intervengan determinados objetos o instrumentos de la técnica. Sin embargo, habremos de reconocer que la técnica así como tiene su lado bueno, sus bondades y ventajas, también tiene su lado malo, donde sus efectos han modificado nuestras formas de vida. Destacan de manera especial aquellos que afectan la relación entre nosotros mismos y con los otros; los que nos atañen colectivamente en cuanto miembros de una comunidad; los que impiden la convivencia armónica entre los pueblos y las naciones; los que se proyectan en el tiempo y que habrán de afectar a las generaciones del futuro. En fin se pueden señalar otras más, pero sobre todo aquellas que ponen en cuestión la sobrevivencia del género humano, esto lleva a la necesidad de plantearnos preguntas sobre el valor y el sentido de la técnica. El progreso técnico tiene aristas que lo hace contradictorio y en muchos sentidos es aberrante, lo cual obliga a la necesidad de interrogarnos sobre la naturaleza de la técnica y ¿hasta dónde se relaciona ésta con la ciencia? ¿cuáles son sus nexos con la producción material, con la sociedad y el poder?

¿cómo regir y normar moralmente sus principios y valores? Estos son cuestiones que requieren de respuestas filosóficas.

En un primer momento podemos decir que la ciencia y la técnica en la actualidad se presentan en forma rigurosa y profundamente relacionadas las que se interinfluyen mutuamente, dentro de una dimensión plenamente racional. Ambas son el producto de la razón humana, las cuales tienen un doble componente: uno cognoscitivo y otro teleológico, que en su accionar no se pueden dar separados, en la medida que el conocimiento siempre se haya al servicio de un fin y este último, como el objetivo de ambos campos requiere de un conocimiento. De tal manera podemos decir que conocimiento y fin se implican. Esto lleva a otro problema, como es el de mostrar el fin insoslayable de la técnica, y en consecuencia, el de la eficacia y la eficiencia, las cuales son medios para otro fin que no es exclusivamente el del conocimiento. Sin embargo, los medios y fines tanto en la ciencia como en la técnica no pueden concebirse como fines absolutos sino relativos y transitorios (Javier Muguerza, 1977 Véase especialmente: «Teoría crítica y razón práctica. A propósito de Jürgen Habermas»; Jürgen Habermas, 1992, el capítulo: «Ciencia y técnica como ideología»).

La filosofía está obligada a dar respuesta a los problemas sobre el hombre que crea o usa la técnica; a conocer las bases del conocimiento de la ciencia; la sociedad en que ella y la técnica se ven estimuladas, obstaculizadas o pervertidas; a conocer los valores sociales, políticos, culturales, morales con los que la técnica aparece vinculada. Sin embargo, cabe advertir que la supuesta autonomía de la técnica consiste en que ésta no reconoce más fines que aquellos que le son propios, como los referidos a la efectividad y la eficacia. Empero, lo cierto es que son cada vez más frecuentes las llamadas de la técnica a la filosofía. Es de reconocer de la misma forma que la pesada carga teoricista de la filosofía la ha hecho quedarse muchas veces al margen de la reflexión sobre la técnica o no tener oídos para sus llamadas. Salvo contadas excepciones, la mayoría de las veces la filosofía no ha tenido la sensibilidad suficiente para atenderlas. Durante el siglo XX destacaron las reflexiones sobre la técnica de Martín Heidegger (1985, pp 7-29), Herbert Marcuse (1986), Jürgen Habermas (1992), José Ortega y Gasset (1982), Juan David García Bacca (1987), Ernesto Mayz Vallenilla

(1993), Mario Bunge (1976). Es necesario señalar que estos filósofos se ocupan de la técnica por motivos diferentes; dan razones y explican la relación de ésta con la ciencia, la sociedad y el poder, etcétera. No ven de la misma manera sus aspectos positivos y negativos, su creatividad y su destructividad. No obstante todo ello, coinciden en que la técnica no es algo accidental a la existencia humana, sin embargo en ellos destacan enfoques distintos que van de las concepciones antropológicas, sumamente abstractas, al hombre histórico concreto, a la eticidad de la técnica, etc.

Esto se ve ampliado por los relevantes estudios de especialistas en otros ámbitos disciplinarios como son los sociológicos, los económicos, los psicológicos, los antropológicos, los políticos, etc. Sin embargo, cabe advertir, que a pesar de los trabajos especulativos de humanistas, filósofos y científicos sociales se observa un cierto vacío ideológico, en muchos sentidos desligados de supuestos filosóficos. Esto se puede detectar cuando descubrimos que frecuentemente se le da a la técnica un tratamiento excesivamente empirista, donde su teología, valores e intereses no se hacen notorios, particularmente aquello de lo que un enfoque filosófico puede sacar a la luz. Quizá obedece a que la filosofía marginó de su quehacer el comportamiento de la técnica, en la medida que su practicidad quedaba muy alejada de sus preocupaciones centrales, las que se observan cargadas de especulación y de premisas ontológicas, como una forma de ocultamiento del Ser, o en su caso, de la naturaleza humana concebida ahistóricamente y cifrada en la voluntad del poder.

Del lado de los filósofos de la ciencia, encontramos que éstos cargan su interés en la importancia de la técnica en la aplicación del conocimiento científico. Empero, esto no quiere decir que no estudien la relación entre teoría y práctica, pero en esta relación se privilegia a la primera y «determina a la segunda» y, consecuentemente, a la técnica, en la medida que la teoría científica tiene una lógica propia, con una «autonomía» al margen de la historia y las sociedades reales. En este sentido, la ciencia adquiere un carácter de «neutralidad ideológica» eximiéndola de toda responsabilidad de los riesgos y consecuencias que sus investigaciones producen en la vida humana y social. Sin embargo, los efectos de las ciencias y la técnica requieren redefinirse y plantear nuevas opciones en el uso humano de ellas, como las de buscar otros tipos de técnicas

que no sean perjudiciales a la vida humana y a la ecología. Más aún, creo que su uso, fines y valores debieran estar controlados por las sociedades, especialmente en aquel sentido en que son lesivos o revierten contra la humanidad. Esto cuestiona la lógica interna de la ciencia y la técnica que está al margen de los fines que dominan en la historia y la sociedad donde el hombre se desenvuelve. Es innegable que estas demandas antropológicas convierten a la ciencia y a la técnica en tributarias de la naturaleza humana y limita su uso previniendo el dominio inadecuado de la naturaleza y que ésta, a la vez, sea controlada por el poder de los expertos, según sea el caso, o el de los dueños de la técnica.

Hoy al viejo principio de la técnica como la franca imitación y su utilización de la naturaleza se suma, y es mayormente dominante el de la creación, la producción de cosas y de objetos que no existen en la naturaleza, rebasándola. Esto último lo podemos ver, por ejemplo, en la técnica farmacéutica; en la explotación y producción de nuevas moléculas; en el computador que potencializa los procesos mentales a nivel nunca visto. La era de la ciencia y la técnica que hoy se vive está produciendo un mundo donde el hombre no crea realidad, sino más bien otros diversos modos de ella.

Las nuevas técnicas del conocimiento abren espacios para conocer la realidad, que de otra forma serían inaccesibles para los instrumentos normales de conocimiento de que los seres humanos estamos dotados. Las técnicas microscópicas, laser, ultrasónicas, espectrográficas, etc., abrieron un rumbo nuevo a la existencia del hombre y una forma de saber que da poder. Empero, en todas ellas, no necesariamente su objeto es el poder sino el saber. Esta es un tanto la concepción de Heidegger, en la medida que busca pintar cognoscitiva y ontológicamente la estructura de las cosas, al averiguar cómo las cosas nos manifiestan lo que son.

La relación de saber y poder, entre la ciencia y la técnica se da en tanto que todo saber científico puede ser fundamentalmente técnico para el dominio de la realidad. Ya en la actualidad el puro saber científico de Rutherford, Bohr, Heisenberg, Broglie es mera microfísica, ahora las combinaciones teórico-experimentales de la múltiple e interdisciplina amplían sus horizontes y alcances. En este sentido se requiere de un mayor saber que de poder, empero, a veces por azar el hombre descubre o inventa modos de utilizar las energías

de la naturaleza, y, el poder, en este caso está antes del saber, de la forma científica del saber, hasta que la ciencia llega a dar razón de lo que empíricamente ya se hacía. De esta forma insistiríamos que la ciencia, no obstante que no se utilice para resolver problemas prácticos, utilitarios y de manera inmediata, con el tiempo llega a ser técnicamente utilizada y el saber científico sumado con la técnica adquieren una dimensión fundamental en las estructuras cognoscitivas al conjuntar la relación del saber con el poder, para adquirir el poder de dominio de la realidad natural y poner al servicio del hombre las potencias de la naturaleza. Esto es, precisamente, la voluntad de poderío, de dominio, es lo que en el mundo moderno dio lugar al desarrollo de la actividad técnica.

La unión de la ciencia y la técnica tiene una dimensión histórica, han llegado a alcanzar hoy, niveles superiores de la era tecnocrática o posindustrial, se generó un sistema de producción global de acuerdo con las innovaciones y rentas del capital, las que utiliza en su beneficio y provecho. En este sentido, la aplicación de la ciencia a los sistemas productivos determinó e incitó en varias formas el desarrollo de la técnica. Las investigaciones científicas han conducido a invenciones y descubrimientos que se traducen en revoluciones tecnológicas que permiten innovar y elevar la productividad y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Nuestra reflexión nos lleva a la necesidad de concebir a la técnica centrada en el hombre, como ser histórico-social que se afirma humanamente sólo en una relación de dominio creciente e ilimitada sobre la naturaleza, dominio que se expresa en el desarrollo de la razón, el conocimiento y el de las formas productivas. Empero, en la actualidad la pretensión de sujeción total de la naturaleza amenaza la existencia misma del hombre, así lo muestran los desastres ecológicos de todos conocidos en Europa, Estados Unidos, las Ex-Unión Soviética y los países subdesarrollados, lo cual demuestra que el dominio del hombre sobre la naturaleza tiene sus limitaciones, pues su expansión irrefrenable puede destruir la base natural necesaria para la existencia humana y la vida en el planeta. Esto quiere decir que deben revisarse las relaciones del hombre con la naturaleza, lo cual requiere trazar límites en el dominio de ésta, y en consecuencia, regular el desarrollo tecnológico que la concepción occidental

orienta hacia la producción y el consumo ilimitados. Esto de ninguna forma implica renunciar a la técnica sino más bien a un control social democrático. No obstante, para que esto sea posible es necesaria la transformación radical de la sociedad en la que rige el lucro, el egoísmo y trocirla por el interés común, colocando a éste por encima del individual, para que prevalezcan las relaciones sociales y humanas.

Estamos conscientes que tanto la ciencia como la técnica tienen su propia lógica interna cuyas fases no son posibles de saltar. Sin embargo, esas lógicas no pueden estar desligadas del contexto social en que se presentan, no sólo porque éste históricamente puede retrasar o acelerar su desarrollo, sino por la dirección que puede imprimirle.

La técnica es la dimensión trascendental de la extensión del ser humano, porque el hombre con su praxis trasciende del mundo natural y se trasciende a sí mismo como ser natural. En este trascender se da la posibilidad de que se afirme o se niegue, sin que esta negación lo reduzca al plano puramente natural o animal. Vivimos en un mundo en que la técnica se nos presenta como Jano con su doble faz de creatividad y de destructividad. Donde estamos inmersos y dependemos de ella. Por lo tanto no se puede eludir su valor y menos abolirla, pero debe orientarse a partir de la circunstancia histórico-social, en la medida que la técnica debe estar bajo el dominio del hombre.

II

Por primera vez en la historia de la humanidad, el uso de la ciencia y de la técnica presentan acciones cuyos efectos perjudiciales alcanzan dimensiones no solo planetarias sino cósmicas, según se registra en fenómenos como los de efecto de invernadero, el daño a la capa de ozono, la contaminación del aire y del agua, las lluvias ácidas, los depósitos de desechos nucleares, etc. Los problemas del medio ambiente requieren ser abordados en una relación interdisciplinaria desde la iniciativa mundial de los países, dado que sus múltiples facetas no pueden ser limitadas al hecho de describirse y explicarse, sino que deben proponer medidas para prevenir daños mayores que pueden ser irreversibles y perjudiciales a la vida y a la existencia del hombre.

Se ha caracterizado el daño del medio ambiente como crisis de la civilización, cambio radical sólo

comparable al surgimiento de la agricultura, lo cual origina nuevas formas de responsabilidad y exige un cuestionamiento radical sobre la relación del hombre con los demás seres y consigo mismo. Esto demanda tomar conciencia de la necesidad y del respeto por los ecosistemas, a fin de que la vida siga siendo posible. Plantea la necesidad de consideraciones profundas respecto a la relación del hombre con la naturaleza. Más aún, requiere radicalizarse hacia un ámbito originario en el que realmente pueda fundarse una relación más racional y significativa. Ya que de otra forma, si se prioriza la referencia científica y técnica sobre lo entitativo como es característico de la civilización mundial, aún en la variedad de la concepción paradigmática, se deja de lado la referencia originaria del ser como acaecer y se derrumba el mundo en tanto ensamble de su verdad. Considero que es tarea de la filosofía contribuir para mantener abierta esta posibilidad de ensamblaje, desde la actitud de escuchar la determinación que habla siempre de su destino, en el sentido de lo que se dispone desde ese acaecer, aún, o mejor, en una época como ésta de ocaso y de nacimiento y de la bifurcación de nuevas posibilidades (Ervin Laszlo, 1990, pp. 17-46). Erwin Laszlo nos amplía más la información al señalar: «las bifurcaciones se desencadenan cuando sistemas complejos están sobretensionados, empujados más allá del umbral de estabilidad. Hasta ese punto, el comportamiento de los sistemas es relativamente ordenado, hay oscilación periódica, es decir, movimiento alrededor o hacia determinado estado, o estabilidad en uno u otro estado. Pero más allá del punto crítico, el orden se rompe y el sistema cae en caos. Su comportamiento ya no es predecible, aunque tampoco es completamente azaroso» (p 43).

Inmerso en estas aventuras de una racionalidad independiente, el ser humano ha olvidado la base que le da fundamento a su ser, el mundo, la naturaleza. El desarrollo y progreso cambió cualitativamente el actuar humano. El progreso fue concebido en términos de acumulación, de crecimiento cuantitativo para poner en juego el futuro en escala espacio-temporal al ligar el destino de los habitantes del norte desarrollado con el del sur subdesarrollado, excediendo las gestiones políticas nacionales.

Así el desarrollo y progreso no pueden tener un valor neutro, en tanto que afectan al ecosistema y coinciden con todos los problemas relativos al medio

ambiente, en la medida que tienen que ver con los bienes materiales y su repartición planetaria, lo cual plantea el problema de convivencia humana y de justicia que supera la lógica del desarrollo y del mercado. Se olvida que la finalidad humana no se está cumpliendo, en la medida que se tiene sólo en cuenta la utilización al máximo de los medios científicos y técnicos en el uso de la naturaleza.

Si se examina desde el punto de vista económico, se debe tratar de satisfacer las necesidades reales de todos, cuyo sentido supera al de la mera eficiencia. En el caso particular de nuestros países latinoamericanos, se tiene la experiencia de haber sido más bien objeto que sujeto, materia prima que ahora afecta a los hombres que en esta región viven, para quedar convertido hoy el ser humano en materia de experimento o en mercancía.

Las ciencias y las tecnologías de la vida han alcanzado una magnitud de avance que puede modificar la evolución de la especie humana. Además de que reúne un carácter acumulativo irreversible y se ejerce en zonas antes inaccesibles a la intervención del hombre, interfiriendo en experiencias como las de haber nacido, ser heredados, ser de tal o cual carácter. Es un cambio de horizonte sobre el horizonte de biósfera en el que se inserta. Las modernas disciplinas bioquímicas y biológicas son el resultado de la investigación y del conocimiento de los mecanismos celulares más íntimos y ofrecen un poder de incidencia sobre los procesos que sustentan la vida y el cambio. Por eso se habla ahora de la era biológica e infobiónica, al tenerse en cuenta el estudio informático de la evolución tecnocientífica en que se da afectando los diversos ámbitos de la vida, como son: el de la reproducción; el de la técnica de contracepción; el de la inseminación artificial y fecundación in vitro; la herencia y genio genético, con intervenciones y programaciones sobre éstos, lo cual se ha dado en llamar ingeniería genética, hasta la actualidad ya existe la posibilidad de clonar nuevos seres vivos; el sistema nervioso, por medio de la programación cerebral. Por otro lado, los trasplantes de órganos ofrecieron la posibilidad de superar deficiencias que bajo otras condiciones hubieran sido insalvables a través de trasplantes y procedimientos autoplásticos y aloplásticos. La trascendencia de intervenciones ha provocado la demanda ética de su regulación a fin que los diversos intereses puestos en juego, como los de

los terapeutas, de investigación u otros se subordinen con responsabilidad a su humanización. Esto exige un tratamiento inter y multidisciplinario que enfrente todos los factores posibles y su interrelación. Las reuniones internacionales realizadas recientemente, se han orientado hacia una legislación que establezca pautas adecuadas al fin humanizador.

Mientras el cálculo y la matematización jugaron un papel relevante en la ciencia y la técnica modernas, hoy la cibernética e informática, han reducido al ente, a su codificación y juego con lo real como modelo computacional (Frederick Crosson y Kenneth Sayre, 1982). El salto de la informática ha desplegado una sociedad digitalizada de comunicación. En su aplicación, por ejemplo, a la biogenética y a la biología animal, vegetal y humana, su objetivo es la manipulación de la vida. Los medios masivos de comunicación reconfiguraron a nivel mundial a las sociedades (McLuhan, 1989); pero no precisamente en el sentido que se podía esperar, considerando que son el resultado del despliegue de la lógica filosófica-científico-técnica de sociedades más concientes de sí mismas, más ilustradas y transparentes por sus posibilidades de información puntual, sin embargo encontraremos que se han complejizado y se han vuelto más caóticas. Por una parte los medios masivos producen una homologación a través de slogans, de la propaganda, una visión estereotipada de los objetos, permeando todos los ámbitos, aun los más privados para convertirse en mero objeto entre las redes de la información, al que queda reducido el lenguaje. Se fragmentan los grandes relatos; las categorías metafísicas, su concepto de ser y verdad; los puntos de vista centrales para la gran aldea de McLuhan han sido derruidos. Los medios por su capacidad abarcadora y su lógica, llevaron a una diversificación y multiplicación de visiones del mundo, registrándose culturas de todo tipo que introducen sus propios lenguajes. En los latinoamericanos, como bien lo ha observado Jesús Martín Barbero (1991), las estrategias para entrar y salir de la modernidad y convivir con ella ejercen mediaciones con respecto a los medios, sin embargo, sus relaciones y efectos vistos desde el receptor no son fáciles de explicar.

Esto es el efecto más importante originado por los media que a la vez ha determinado una visión caótica de conciencia posmoderna, como la transformación de la forma del imperialismo, el neoimperialismo.

La objetividad es difícil y sostenible, por lo menos cuando se observa desde una visión positivista o neopositivista. El mundo y sus verdades expresivas se «convierten en fábula», ya no es posible pensar con un dato objetivo que está por debajo de las imágenes de los media en un en sí al que no se ve cómo ni dónde se puede acceder, más bien, observamos el entrecruce y «contaminación» de múltiples imágenes, de interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, sin coordinación central. Desde este horizonte resulta difícil pensar en un ideal emancipatorio a partir de una autoconciencia de lo que las cosas son o cómo están, sólo cabe la oscilación, la pluralidad, la erosión de los principios de la realidad. Debe jugarse desde una experiencia de ser no estable, sino más bien eventual y desde una verdad por consenso, dialógico y de interpretación (Umberto Eco, 1993).

Estamos ante el horizonte de una conciencia eventual de ser, librados a un relativismo y escepticismo; a la tolerancia del juego del poder por el poder, empero debemos obligarnos a ir más allá de las estructuras y categorías que ya no son válidas, movernos y dar el salto hacia un ámbito más originario, para «esenciar» de nueva cuenta al ser y al lenguaje, donde puedan ubicarse nuestras reflexiones y análisis y apreciarse sus configuraciones. Se trata, de no determinar nosotros al lenguaje en una relación de sujeto-objeto, ni ser meramente determinados por el juego lingüístico como el desplegado por los medios masivos de comunicación, sino de reaprender a «habitar el lenguaje» a escuchar lo que dice de sí, de reconocerlo no como mera capacidad humana, sino como de la relación de las relaciones en su nombrar el ser de las cosas, de modo que la esencia del lenguaje se convierta en el lenguaje de su esencia.

En síntesis, la técnica es un recurso esencialmente humano opuesto o frente al desamparo de la naturaleza y a la vez, a la evolución de ella y su historia, en el punto de la cual devenimos en este momento crucial de la (pos)modernidad. Podemos decir que la esencia del hombre y de la técnica están profundamente imbricados y abiertos dialógicamente en un futuro planetario incierto. De la imaginación y profundidad con que se da este diálogo es que habremos de obtener alternativas y resultados más humanos. El diálogo con la técnica lleva a la necesidad que posibilita superar los pesimismo antitecnológicos como los apresurados

optimismos tecnológicos. En consecuencia, podemos decir que ni la técnica es producto demoníaco, suerte de un mal irreparable que interrumpió nuestro idilio con la naturaleza; pero tampoco, es la panacea para todos nuestros males humanos y materiales.

Bibliografía

BUNGE, MARIO

1976 Tecnología y filosofía. Monterrey. Universidad Autónoma de Nuevo León.

CROSSON, FREDERICK Y KENNETH SAYRE

1982 Filosofía y cibernética. México. FCE.

ECO, UMBERTO

1993 Apocalípticos e integrados. Barcelona, Lumen.

GARCÍA BACCA, JUAN DAVID

1987 El elogio de la técnica. Barcelona, Anthropos.

HABERMAS, JÜRGEN

1992 Ciencia y técnica como 'ideología'. Madrid, Taurus.

Heidegger, Martín

1980 ¿Qué es filosofía? Madrid, Bitácora.

1985 «La pregunta por la técnica.» Revista Época de la filosofía, No. 1, Barcelona, pp 7 a 29.

HOBBSBAWN, ERIC

1981 (CCYDEL/UNAM).

1984 En torno a los orígenes de la Revolución Industrial. México, Siglo XXI.

LABASTIDA, JAIME

1975 Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx. México, Siglo XXI.

Laín Entralgo, Pedro

1986 Ciencia, técnica y medicina. Madrid, Alianza Editorial.

LASZLO, ERVIN

1990 La gran bifurcación. Crisis y oportunidad: anticipación del nuevo paradigma que está tomando forma. España, Gedisa.

MC LUHAN, MARSHAL.

1969 La comprensión de los medios cómo las extensiones del hombre. México, Diana.

MAYZ VALLENILLA, ERNESTO

1993 Fundamentos de la meta-técnica. Barcelona. Gedisa.